

E. MIRET MAGDA LENA

En la catedral alemana de Wurtzburgo ha estallado la tempestad. Una tempestad en un vaso de agua, pero tempestad al fin y al cabo.

Allí han estado reunidos durante tres días 60 obispos alemanes, con 104 sacerdotes y 156 seglares, en una especie de parlamento democrático del catolicismo alemán. La libertad de palabra de los asistentes y la libertad de información a los periodistas que estaban presentes ha sido total. Incluso ha dado pie al sensacionalismo de algunos periódicos alemanes el incidente que ha enfrentado al catolicismo alemán con la Congregación romana para el Clero, que dirige el cardenal norteamericano monseñor Wright, un hombre que en Estados Unidos parecía abierto y que en Roma está haciendo figura de retrógrado, apoyando todas las medidas promovidas por los conservadores de cualquier país.

El extenso programa del Sínodo alemán de obispos, sacerdotes y seglares ha tenido que ser reducido considerablemente, porque el primer día estalló el conflicto en forma clara y sin eufemismos, invirtiendo una gran parte del tiempo disponible.

En 1970, los obispos alemanes, ante la penuria del clero, y teniendo en cuenta la promoción activa del seglar que propugnó el Concilio Vaticano II, decidieron que cada obispo, en su diócesis, debía autorizar a seglares para que hablasen durante las Misas, dirigiéndose como predicadores laicos a los fieles que asistían a los servicios religiosos dominicales. Entonces, la Santa Sede aceptó, o toleró, esta decisión de la jerarquía eclesial alemana sin oposición alguna. Pero sabiendo la Congregación del Clero que este tema volvía a ser tratado en el Sínodo de los católicos alemanes, envió, a través del conservador anuncio en Alemania, monseñor Bafile, una comunicación, indicando al episcopado alemán que no debía permitir la actuación y participación activa de los seglares en los servicios religiosos, y particularmente debía prohibir su predicación.

El primer día del Sínodo surgió esta sorpresa: el nuncio de Su Santidad no asistió a la reunión, pero envió el documento para que los obispos lo leyeran ante el clero y seglares reunidos en esta asamblea democrática de la Iglesia alemana.

Asistían a esta importante reunión católica representantes de Holanda, Francia y Finlandia, así como de la Iglesia evangélica y de la ortodoxa oriental. Y el clima había sido preparado previamente por un nuevo libro del conocido teólogo padre Karl Rak-

ner, S. J., titulado "Cambio de Estructura Eclesial", en el que aboga por una Iglesia abierta y desclericalizada, que presente una faz y un contenido más vitalmente evangélicos, sin tanto autoritarismo, institucionalización y poderío.

El documento de la Santa Sede, a pesar de su rigidez, brindaba, no obstante, al episcopado alemán —no a los laicos ni clérigos— la posibilidad de un diálogo futuro sobre estos temas, "en un espíritu de comprensión y colaboración".

Después de muchas deliberaciones, la casi totalidad de los obispos alemanes y la casi

TEMPESTAD EN LA CATEDRAL

totalidad de los sacerdotes y seglares decidieron proseguir adelante con la decisión de que los seglares colaborasen activamente con su predicación en las Misas, independientemente de brindar a los organismos vaticanos la posibilidad de un diálogo en el porvenir, para aclarar mejor las cosas.

Esta decisión fue aplaudida por los más importantes teólogos del mundo actual, como son los profesores Lehmann, Rahner, así como el eclesiólogo Semmelroth y el escriturista Schnackenburg, animando a los obispos a continuar en esta postura firme y clara con la burocracia de las oficinas centrales de la Iglesia católica.

Esta ejemplar postura de los católicos alemanes coincide con la costumbre de muchos siglos en la Iglesia, en la cual era corriente que los seglares fuesen los únicos o los principales predicadores en las iglesias. Los "profetas" de que habla San Pablo en el Nuevo Testamento eran probablemente seglares que predicaban en las reuniones litúrgicas, como dice el profesor Amiot. El gran Orígenes, el más importante teólogo de los primeros siglos de la Iglesia, no se ordenó sacerdote hasta tener más de cuarenta años, y era solicitado por todos los obispos de Oriente Medio para predicar en sus

templos. La Iglesia ortodoxa griega tiene todavía la costumbre de que en los pueblos son los seglares los que predicaban siempre, continuando así la tradición más antigua de la Iglesia, cuando todavía no estaba separada en dos ramas, la oriental y la occidental. Y en los Concilios Ecuménicos siempre asistían seglares, e incluso en el famoso y rígido Concilio de Trento había varios predicadores oficiales para dirigirse a los obispos reunidos en esta Asamblea, predicadores que en vez de ser sacerdotes eran simples seglares. La primera excepción en la historia de los Concilios fue el Vaticano I, al que no se permitió asistir a ningún seglar, cosa inaudita en la historia del catolicismo.

Al saber yo esta tempestad en la Iglesia alemana, recordaba la encuesta gigante que han hecho hace poco los obispos dirigiéndose a los 21 millones de católicos de Alemania Federal, pidiéndoles su opinión sobre los grandes temas aireados en el posconcilio: el celibato del clero, la modernización de la liturgia, la renovación en la predicación, el ecumenismo y la democratización de las reuniones eclesiales. En esta encuesta hubo bastantes millones de contestaciones marcando una actitud serenamente renovadora y, sobre todo, un clima de libertad de palabra al que nuestro catolicismo español no está acostumbrado, ni por parte de los obispos ni por parte del clero. La prueba está en el hecho de que a la última conferencia episcopal, celebrada en España hace bien poco, no pudo asistir ningún seglar ni se dio ninguna libertad a los periodistas para que pudieran informar a la opinión pública. Y eso que la mayoría de los obispos que asistieron son de los que engañosamente se suelen llamar "avanzados", pero que todavía están muy lejos de admitir la libertad corriente en cualquier país europeo.

La Iglesia alemana, a pesar de no ser tan avanzada como la holandesa, nos ha dado ejemplo a todos de una postura sanamente independiente y "antirromana", como dice Fesquet en "Le Monde", que todos debiéramos imitar para que deje de ser verdad lo que decía el arzobispo de Tarragona en esos mismos días: "Acaso estábamos demasiado acostumbrados a que los laicos no podían hacer otra cosa que obedecer y escuchar, quedándose al margen de toda acción propia de responsabilidad e iniciativa...; estábamos demasiado acostumbrados a pensar que la Iglesia la formaban sólo los obispos". ¿Cuándo dejaremos de estarlo?